

QUIPU VIRTUAL



BOLETÍN DE CULTURA PERUANA - MINISTERIO DE RELACIONES EXTERIORES - N° 121 23/09/2022

EL PAÍS DE JAUJA DE RIVERA MARTÍNEZ



EL PAÍS DE JAUJA DE RIVERA MARTÍNEZ

A treinta años de haberse publicado, aparece una edición conmemorativa de una de las novelas más importantes de la literatura peruana: *País de Jauja* (Alfaguara, 2022), del notable escritor Edgardo Rivera Martínez (Jauja, 1933-Lima, 2018). Aquí, el inicio de esta *magnum opus*, anclada en la emblemática ciudad mestiza del valle del Mantaro.

Ya estabas de vacaciones, en esos meses de lluvia pero también de días claros, en que podrías hacer lo que te viniese en gana. No más profesor Vásquez con sus ecuaciones interminables, ni viejo Calle con sus historias de megaterios, ni las tremebundas clases del cura Wharton, autor del único y vergonzoso 07 de toda tu vida de estudiante. No más, en fin, las sorpiferas enseñanzas de Pantacha Camarena, patrono de todos los chancos del Perú. Tres meses de libertad y de proyectos. Por algo tu madre te dijo, a la hora de la cena: «Feliz, ¿no?». «Por supuesto, mamá». «No tan dichoso, porque a lo mejor tiene un curso aplazado por ahí», observó tu tía Marisa, aguafiestas como siempre. «Yo estudié con ahínco...». «En todo caso tu señora madre tiene algunas tareas adicionales que encomendarte...». «¿Qué tareas?». «Nada que te alarme, hijo». «No pienso ir a las novenas con la tía Grimanesa, como el año pasado, y que conste...». «Deja en paz a doña Grimanesa», dijo tu madre, «porque la pobre ya no está para eso». «¿Ya no te gusta ir a la iglesia, sobrino?», inquirió meliflua tía Marisa, recordando sin duda la cara aburrida y furiosa con que acompañabas, por orden de tu progenitora, a esa viejísima parienta. «Je, je», se rio Abelardo. Tu madre anunció: «Además de ayudar en la casa, y hacer compras y barrer los patios, como siempre, hay para ti otras cosas más gratas. Serás alumno de Mercedes Chávarri». «¿Quién es? ¿Una profesora de matemáticas?». «No creo que sepa de números, porque otra sería su suerte», comentó tu tía. «Entonces, ¿de quién se trata?». «Ella toca el piano y da lecciones, ¿no te he dicho?». «Creo que sí...». «Y como te gusta la música...». «Pero mamá, ¿y las clases contigo?». «Sabes bien que es ya muy poco lo que te puedo enseñar, mientras que Mercedes ha tenido maestros en Lima y es una profesional. Y como he ahorrado unos centavos con ayuda de tu hermano...». Magnífica noticia, en verdad, y que no habías esperado. «No olvidemos», observó tu tía Marisa, «que Merceditas recibió de niña algunas lecciones de papá, de modo que no está mal que, en reciprocidad, seas ahora su discípulo». «El abuelo era organista...». «Pero también sabía tocar el piano», precisó tu madre. «Además», añadió tu tía, «ella es toda una belleza y una joya su marido». «Es una buena persona, y la escuché tocar en una velada y lo hizo muy bien», comentó Abelardo. «Y su esposo también es músico, tenor por más señas, y canta que es un primor, sobre todo por las noches...». «Ah, ya sé», dijiste, acordándote del bueno de Carlitos Baylón, al que conocías de vista. «Y a propósito», dijo tu madre, «¿a qué se dedica, exactamente, ese caballero?». «Unas veces», respondió Abelardo, «se presenta como “maestro constructor”, y otras como “arquitecto”». «Pero ¿vive de eso?». «Se encarga de pequeños trabajos...». «Y es el engrdeído de su señora esposa, a



El autor con su tía Marina y su hermano Miguel

quien Dios y su santa madre protejan», dijo tu tía. «¿Por qué lo echas todo a risa?», protestaste. «Pero volviendo a lo inmediato, di, Laura, qué más va a hacer este joven, para que esté debida y oportunamente informado». «También tendrá que acompañarme al mercado los domingos». «Gratisima obligación, sobrino». «Oh, no le quitemos la alegría de las vacaciones...». «No se trata de eso, hermana...». «Consíganme un trabajo, madre, y así no tendrás que dedicar tanto tiempo a la costura». «Veré por ahí», dijo Abelardo, «pero no es fácil en estos tiempos». «Podrías ayudar en el taller, jovencito», dijo tu tía. «Espero que no sea necesario», señaló tu madre. «Pasando a otra cosa», dijo tu hermano, «repetiremos la experiencia pedagógica del año pasado». «¿A qué te refieres?». «Hacer que leas, y para eso he escogido unos títulos que ojalá sean de tu agrado». «¿Qué más puedes pedir, sobrino?». «Yo no he pedido nada, tía». Ella sonrió y dijo: «En todo caso, habrá materia para las misteriosas libretas que vas llenando con anotaciones día a día, si los ojos no me engañan». «Eso es asunto suyo, Marisa». Abelardo pretendió no haber escuchado y prosiguió: «Se trata, para comenzar, de la *Iliada*, obra que también le di a leer a Laurita cuando tenía tu misma edad, o sea quince años». «Pronto voy a cumplir dieciséis». No era mucho trabajo, después de todo, y las lecciones de música podían resultar estupendas si doña Mercedes era tan buena como aseguraban. Y en cuanto a la lectura, en buena hora, mientras no te endilgaran cosas aburridas. Habló tu madre: «Pero ahora di, Claudio, qué tienes en mente». «Pues darle mucho a la música, y descansar, salir con los amigos, ir de paseo y esas cosas. Y escribir a mi hermana, y ver qué haremos cuando llegue». «Pero Laurita vendrá solo por unos días». «Lo sé». «¿Y qué más?». «Y claro que me interesan mucho las clases de piano, aunque esa señora sea muy fea». «No dije que fuera fea, sino una belleza», precisó tu tía. «Y podré estudiar con ella nuevas sonatas de Mozart». «No sé si le gustará Mozart», dijo tu madre, «pero en lo de acompañar aires de ópera, lo hace de maravilla». «¿Y nunca toca música ligera esa talentosa dama?», quiso saber tu tía. «No, Mercedes ha sido muy estricta, y nunca he sabido que tocara un tango o un bolero...». «Pero supongo, mamá, que tú y yo seguiremos recogiendo y transcribiendo huaynos, para no abandonar lo que comenzamos en las vacaciones de julio, ¿no?». «Lo tengo presente, hijo». «Acuérdate que ha pasado tiempo desde la última vez en que lo hicimos...». «Pero fue por tus exámenes y por el trabajo acumulado en el taller...». «Este caballero y su señora madre viven en dos mundos musicales muy diferentes», dijo tu tía. «Me parece muy bien», dijo Abelardo, «ese esfuerzo de recopilar nuestra música». «A mí también, lo cual no me impide ver otras face-

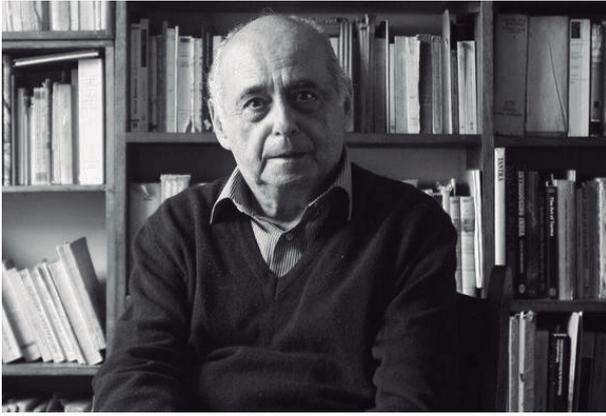
tas del asunto», aclaró Marisa. «¿Qué facetas?». «Lo hacemos porque nos gusta, y no porque pretendamos imitar a un Valle Riestra o un Alomía Robles», explicó tu madre. «Uno nunca sabe, hermana». Tú guardabas silencio, mientras tanto, y tratabas de imaginar cómo serían las sesiones con doña Mercedes Chávarri, cuya figura ya recordabas. Sí, esa señora vieja de cara melancólica, que tu madre te había presentado hacía buen tiempo. Te sacó de tu distracción la voz de tu tía: «Oye, creo que tu mamá omitió algo...». «¿Qué?». «Nos olvidamos de nuestras tías, las viejitas de los Heros». «Apenas si las conozco, y ya me parece bastante con haber soportado a doña Grimanesa el año pasado. Y además tengo que visitar a tía Rosita». «Tu tía Rosa goza de buena salud, a Dios gracias», dijo Marisa, «y por suerte tiene la vida holgada y sin preocupaciones. Y cada vez que vas a su casa vuelves con un regalo. En cuanto a tía Grimanesa, está ahora en su mundo y nadie le importa un comino, y menos tú. Esas ancianas, en cambio, van de mal en peor, y deben sentirse muy solas». «¿Y qué debo hacer?». «Visitarlas de vez en cuando, que nosotras nos encargaremos del resto». «No te pesará, porque son personas fuera de lo común», comentó Abelardo. «Ya hablaremos», dijo tu madre levantándose de la mesa y retirándose a la cocina. «Personas muy especiales», reiteró tu hermano. «¿Y tengo que conversar con ellas? ¿Acaso no fue suficiente con los trisagios de doña Grimanesa?». «Olvida eso, por favor, y piensa que las señoritas de los Heros nos necesitan», apuntó tu tía. «Pero ¿no podría hacer otra cosa en cambio?». «Ya te dijimos que son nuestras parientas, que su padre fue bueno con el abuelo, y que debes compartir la obligación que tenemos». «¿Y Abelardo?». «Él vela por ellas en otra forma». Habías ido alguna vez con tu madre a casa de las señoritas de los Heros, y sabías que eran personas bondadosas, pero eran ya muy viejas, así que no te hacía mucha gracia el asunto, aunque se tratara de un deber de gratitud. ¿Qué diría Felipe si se enteraba? ¿Cómo comparar a esas ancianas con doña Zoraida, la guapa tía de la que tanto se ufanaba tu amigo? Tu tía salió del comedor, y Abelardo creyó conveniente cambiar de tema: «¿Y qué hay de tus amigos?». «No veré a Alfonso, porque se fue con su papá a Casapalca, pero sí a Tito, Felipe y Julepe». «Oye, no respondiste a la pregunta de tu tía». «¿Cómo?». «¿No tendrás un curso aplazado por ahí?». «No creo», contestaste, deseoso de ocultar tu fracaso con Wharton hasta el mes de marzo, cuando tuvieses que dar nuevamente examen. Viste sin embargo la expresión escéptica de tu hermano, y decidiste preparar el terreno: «Bueno, a lo mejor me han jalado en religión...». «¿Por qué?». «Me parece que al cura no le gustó lo que dije en un examen, en que el tema era el Juicio Final». «Un tema muy de acuerdo con su célebre sermón de hace dos años...». «¿Cómo lo voy a olvidar, si a cada paso amenazaba a los fieles con ese terrorífico “¡Morirás!”?». «¿Y qué decía la tía Grimanesa?». «Escuchaba nomás, toda compungida». «Bueno, supongo que por eso Dios te habrá perdonado unos pecados». No te gustó la ironía, y te referiste a otra cosa: «Y a propósito de esa lectura...». «Como sin duda recuerdas, la *Iliada* es un poema épico de los antiguos griegos, con muchos héroes y batallas...». «Camarena nos



En Lima, 2013

habló al respecto...». «Olvida lo que dijo Pantacha, porque de seguro no entendió ni jota». A la verdad hubieras preferido una novela de aventuras, como las de Salgari y Julio Verne, pero no reclamaste. «Y también», prosiguió Abelardo, «veremos si esta vez le tomas gusto al ajedrez». «No, no creo». «Federico Yepes y mi amigo Mitridates podrían ayudarte». «No sirvo para eso, pero sí me gustaría conversar con Mitridates, por lo que nos has contado». «Es un tipo muy interesante». «Pero no quiero saber nada con don Federico, porque su mano de cuero me aterra...». «A nosotros nos parece un viejo inofensivo». «A mí no». Y tu hermano se puso a hablar del pequeño grupo de ajedrecistas que se reunía en la oficina del administrador del cine-teatro Jauja, también aficionado. Retornó en eso tu madre, y dijo: «Abelardo, no te olvides de pasar un día de estos por casa de don Fox, porque veo muy húmedos los cimientos de la pared medianera, y como las lluvias se han adelantado, a lo mejor se viene abajo...». «Lo haré, madre». «Yo también iré», dijiste, «para ver de cerca su casa, tan rara, con ese mirador y esos balconcitos». «Y verás también sus ataúdes, y cómo los fabrica», dijo tu tía Marisa, que a su vez regresaba con una bandeja de platos y cubiertos limpios. «¿Tenías que recordarlo, tía?». «Pero ¿no es su trabajo?». «No viene a cuento ahora», protestó tu madre. «En todo caso», dijo Abelardo, «todos sabemos que si Fox vive de la muerte ajena, predica el amor a la vida». «No envíes a tu hijo menor», dijo tu tía dirigiéndose a tu madre, «porque a lo mejor se convierte en acólito del carpintero, y se pone después a hablar como él de la pureza, de la trasmigración de los seres y otras candideces...». «Eso no me interesa, sino su casa, y no tengo ninguna intención de ser su acólito». «Bueno», dijo Abelardo levantándose, «voy a salir a la calle». Antes de marcharse, sin embargo, te anunció: «Puse en tu mesa el ejemplar de la *Iliada*, así que puedes comenzar». «Por allí anda una Elena, y eso le va interesar a este muchacho...», dijo tu tía. Abelardo la miró con cierta insistencia, y se despidió. «¿Y qué Elena es esa?», preguntó tu madre. «¿No te acuerdas, hermana? ¿No escuchaste la leyenda que nos contaba doña Rosita Chumpitaz, allá en nuestros tiempos de colegio?». «Ah, Elena de Troya...».

En la portada: Rivera Martínez en el valle del Mantaro, 1960.



CELEBRACIÓN DE CARLOS GERMÁN BELLI

Carlos Germán Belli, el mayor poeta vivo del Perú, cumplió el pasado 15 de setiembre noventa y cinco años. Belli nació en Lima, pasó algunos años de su infancia en Ámsterdam, donde su padre era cónsul de nuestro país, y estudió luego en el Colegio Antonio Raimondi y en la Universidad Nacional Mayor de San Marcos. Allí se doctoró en literatura, cuando era ya un reconocido poeta que había publicado algunos de sus libros emblemáticos, como *Poemas* (1958), *Oh hada cibernética* (1961), *Sextinas y otros poemas* (1970) o *En alabanza del bolo alimenticio* (1979). Belli obtuvo tempranamente el Premio Nacional de Poesía (1962), recibió en dos ocasiones la Beca Guggenheim y mereció también el Premio Iberoamericano de Poesía Pablo Neruda (2006), el Premio Casa de las Américas José Lezama Lima (2009) y el Premio Casa de la Literatura Peruana (2011). En su espléndida madurez, el poeta publicó una serie de nuevos poemarios -*El buen mudar* (1986), *¡Salve, Spes!* (2000), *En las hospitalarias estrofas* (2001), entre otros- reunidos en *Los versos juntos*, edición de su poesía completa publicada en Sevilla, en 2008, y a la que siguieron *El alternado paso de los hados* (2009), *Los dioses domésticos y otras páginas* (2012) y *Entre cielo y suelo*, (2016). Hay también numerosas antologías de su obra, -como *Los talleres del tiempo* (1992), u otra, preparada por Francisco José Cruz, *Los poemas elegidos* (2011), y un par de libros que recogen sus ensayos y texto en prosa.

EL NUDO

Esa increíble infinitud del orbe
no codicio ni un mínimo pedazo,
mas sí el espacio de tu breve cuerpo
donde ponerme al fin a buen recaudo,
en el profundo de tus mil entrañas,
que enteras conservaste para mí.
Al diablo el albedrío de la vida,
sumo don de los hados celestiales,
y nada más que estar en ti prefiero
sujeto a tu carnal y firme lazo,
que si vas a las últimas estrellas
contigo ir paso a paso yo también.
Es así el vivir día y noche siempre
bien atado a ti con el carnal nudo,
aunque en verdad del todo libremente.
pues de la tierra al cielo voy y vengo.

EN MÁS QUE SEÑORA HUMANA, 1986

AGENDA



Foto: André Agurto

LA FIESTA DE PAUCARTAMBO

Miguel Rubio Zapata (Lima, 1951), director teatral del grupo *Yuyachkani*, ha publicado un estudio sobre una de las fiestas más importantes del Perú, la famosa celebración de la Virgen del Carmen de Paucartambo, en el Cuzco. El libro se titula *El gran teatro de Paucartambo* (Lima, 2022) y da prolija cuenta de las características de esta multitudinaria celebración que cada año, entre el 15 y el 18 de julio, congrega a multitud de fieles y visitantes en ese antiguo pueblo virreinal, para rendir homenaje a la advocación mariana encargada, según la tradición católica, de rescatar a las ánimas del Purgatorio. Rubio Zapata lleva largos años concurriendo a la festividad y ha investigado a fondo en torno a su compleja puesta en escena, con unos veinte grupos de vistosos danzantes enmascarados, entre los cuales se produce un conflicto simbólico que enfrenta a *qollas* y *chunchus*. El autor indaga en los mitos originarios que confluyen en la celebración y en los pintorescos personajes -con los picaros *sagrás* a la cabeza- que animan el festejo. Un libro útil para conocer la deslumbrante fiesta de la *Mamacha Carmen*, que ha merecido también numerosas aproximaciones desde diversos registros.



MINISTERIO DE RELACIONES EXTERIORES

DIRECCIÓN GENERAL PARA ASUNTOS CULTURALES



CENTRO CULTURAL
INCA GARCILASO
Ministerio de Relaciones Exteriores
del Perú

Jr. Ucayali 391, Lima 1, Perú
quipuvirtual@rree.gob.pe

www.ccincagarcilaso.gob.pe